

HUELLAS DE LA CIUDAD

Arq. Miriam Salas *

Resumen

En el siguiente artículo, se presenta un breve recorrido por la historia de las primeras ciudades, recreado con evocaciones mitológicas, literarias y filosóficas las cuales nos permiten vislumbrar los rasgos esenciales y permanentes de la ciudad desde sus orígenes. El trabajo se desarrolla a partir de una serie de interrogantes referidos a la definición de ciudad, su nacimiento, evolución en el tiempo y la importancia del estudio de su historia. Se concluye que será la memoria histórica de la ciudad lo que nos permitirá comprenderla, conceptualizarla, redescubrirla y entenderla como un pluriuniverso cambiante, sujeto a múltiples interpretaciones.

Palabras clave: ciudad, historia de la ciudad, cultura urbana, organización colectiva, núcleos urbanos.

Traces of the city

Abstract: This article briefly explores the history of the first cities through mythological, literary, and philosophical evocations so as to distinguish their essential and permanent features right from their origins. The study emerged from a series of questions about the definition of city, its birth, evolution, and the importance of its history. All this enhances the comprehension, conceptualization, and rediscovery of the city as a plural universe in constant change and under multiple interpretations.

Key words: city, city history, urban culture, collective organization, towns.

A

1.- Introducción:

los efectos del presente trabajo es conveniente formular algunas de las preguntas fundamentales que lo han orientado. ¿Qué es la Ciudad? ¿Cómo ha evolucionado la Ciudad en el tiempo? ¿Es importante el estudio de la Historia de la Ciudad? Pensamos que el estudio de la historia de la ciudad es necesario para la formación del acervo cultural, el descubrimiento y ordenación de bases metodológicas, la valoración del patrimonio y para el cultivo de una relación afectiva entre la ciudad

y el profesional de la arquitectura y del urbanismo, teniendo en cuenta que los sentimientos se cultivan con memoria. La historia de la ciudad es una narración que debe ser fiel a los hechos, datos y documentos, pero debe tener un nivel vivencial de esa existencia lejana de la ciudad; ese nivel es la imaginación. Creemos que el estudio de la historia es un excelente ejercicio de rigurosidad e imaginación; hay algo fascinante ahí, y es que desde siempre, la ciudad ha sido el lugar donde los seres humanos hemos construido y depositado los productos de nuestra inteligencia. Por eso su historia es fascinante.

2- La ciudad

¿Qué es la ciudad? ¿Cómo entender esta concentración de inteligencia que desde sus orígenes es la ciudad? Un breve recorrido histórico nos revela que la idea de ciudad se ha modificado de acuerdo a las diferentes concepciones que los hombres han tenido del mundo. Estas modificaciones no han alterado la esencia del concepto y han reproducido sus componentes sustanciales y originales; progresivamente se han incorporado diversos componentes que han transformado la visión original, simple e inmutable, en una visión compleja y cambiante. Es decir, el concepto de ciudad sin desprenderse del sentido original, se aleja de su centro, se amplía y se vuelve más complejo porque acumula mayor cantidad de propiedades con el paso del tiempo.

¿Cómo nació la ciudad? Rastrear el nacimiento de la ciudad es imaginar los largos procesos históricos de acumulaciones y transformaciones que la originaron. La ciudad apareció cuando el hombre hubo logrado un avanzado nivel intelectual. Miles de años cargados de lentas transformaciones permitieron la evolución del género humano desde su existencia anárquica y errante hasta la formación de culturas organizadas y permanentes. De los primeros tiempos han quedado innumerables marcas que sirven para elaborar conjeturas sobre esa existencia lejana del hombre y permiten imaginar cómo se fueron creando las condiciones que acompañaron el nacimiento de la cultura urbana tales como la comunicación, la tecnología, la organización, el arte y la espiritualidad.

¿Cuándo, cómo, por qué y dónde se formaron las primeras ciudades? ¿Fueron santuarios? ¿Productos derivados de la primera revolución agrícola? ¿Evolución natural de la cultura aldeana del neolítico? Posiblemente. La ciudad ha sido una idea que los hombres han creado y recreado a través de

toda su existencia; idea que nace, se deshace y rehace constantemente, como anhelo, sueño, utopía y realidad. Si atendemos el Génesis como documento histórico, podemos ver la ciudad como una de las primeras aspiraciones reveladas libremente por los hombres. Así lo escribe:

“Toda la tierra tenía una sola lengua y unas mismas palabras. Sucedió que emigrando desde Oriente hallaron una llanura en la región del Senaar y se establecieron allí. Dijéronse unos a otros: ¡Hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego! Se sirvieron de los ladrillos como de piedra, y el betún les sirvió de cemento. Y dijeron: ¡Edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo, y nos haremos un monumento para no ser dispersados por la faz de toda la tierra! Y bajó el Señor a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hijos del hombre, y se dijo: ¡He aquí el pueblo es uno, y tienen todos una sola lengua. Este es el principio de sus empresas y ahora no les será difícil hacer cuanto se les ocurra. Bajemos, pues, y confundamos allí su lengua de modo que no se entiendan unos a otros! Y los dispersó de allí el Señor por toda la tierra, y así cesaron de edificar la ciudad. Por esto se la llamó Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de todo el mundo y de allí los dispersó por toda la tierra.” (Antiguo Testamento, Génesis: 11).

En estos versículos descubrimos la ciudad como construcción voluntaria de los hombres y como desafiante organización de inteligencia. Ahí también están los principios para su fundación y pervivencia. Una localización adecuada con buen clima, terreno cultivable y agua abundante. Capacidad tecnológica y organización de los hombres en torno a una empresa común, pues construir una ciudad y usar el ladrillo significaba la existencia de

una organización colectiva de trabajo y el dominio de una técnica constructiva avanzada para ese tiempo. Acuerdo entre los hombres expresado en el ideal religioso de elevarse hacia el cielo o residencia de Dios. Deseo de construir un lugar para no seguir una existencia dispersa y errante. Necesidad de marcar esos ideales mediante un monumento, un ziggurat, como símbolo de unión, organización, sentido de pertenencia, dominio de un lugar y testimonio de inteligencia, es decir, voluntad creativa del ser civilizado. Infallibilidad de la capacidad de entendimiento y comunicación entre los hombres como clave fundamental para hacer realidad tales aspiraciones. La metáfora nos indica que es precisamente una perturbación en este último factor, la incapacidad de comunicarse, de llegar a acuerdos, lo que frustró esta tentativa urbana. No fue fácil el nacimiento de la ciudad; fue una lucha entre culturas nómadas que se refugiaban en sus tradiciones y otras más avanzadas que buscaban mejores formas de organización.

3- Las ciudades y los dioses:

¿Cómo eran las primeras ciudades? Se dice que la cultura urbana nació en los valles del Eufrates y el Tigris. Ahí encontramos huellas de Uruk, ciudad de Anu, dios del cielo; Eridu, ciudad de Ea, dios del conocimiento mágico; Babilonia ciudad de Marduk... Cada divinidad era dueña de una ciudad pues los antiguos mesopotámicos creían que las ciudades eran creaciones de los dioses, quienes transferían a los hombres el poder de gobernarlas. Relacionaron ese universo de dioses con los astros e imaginaron la existencia de un orden establecido por poderes divinos. La obligación de adorarlos y obedecerles, les impuso la ofrenda, la oración y con ello la construcción de altares y templos. Así nacieron las ciudades sumerias, en torno a un santuario. Eran universos limitados y cerrados,

espacios de culto, gobierno y producción de conocimientos; arca donde se guardaban las ofrendas y tesoros de dioses y gobernantes. La necesidad de protegerla de la profanación de grupos extraños impuso la muralla. Fueron organizaciones que, sustentadas en primitivas economías agrícolas, lograron concentrar riqueza y poder mediante el dominio de territorios, aldeas y ciudades adyacentes; esto explica los permanentes enfrentamientos entre ellas. Eran pequeñas ciudades guerreras y su historia es una historia de destrucciones y reconstrucciones.

El anónimo Poema de Gilgamesh es un canto a la ciudad de Uruk y nos permite indagar sobre el origen de los primeros núcleos urbanos mesopotámicos probablemente antes del 4000a.C. El Poema nos introduce en la ciudad de Uruk, nos revela la naturaleza divina de su fundador y la magnificencia de los componentes esenciales de la ciudad: el santuario y la muralla:

*“Quien ha visto el fondo de las cosas y de la tierra,
... Ha hecho levantar la amurallada Uruk
el sagrado Eanna, el puro santuario.
Ha visto la muralla, trazada a cordel y el muro interior, que no tiene rival ha contemplado el dintel,
que data de siempre
se ha acercado al Eanna, templo de Ishtar
que ni hombre ni rey podrán nunca igualar.
Ha paseado por las murallas de la ciudad de Uruk
y mirado la base, su sólida fábrica,
toda ella construida con ladrillos cocidos
y formada por siete capas de asfalto...” (1)*

En el Poema vislumbramos la imagen fuerte, tiránica y guerrera de Gilgamesh, el gobernante divinizado:

“Dos terceras partes de su cuerpo son de dios, la otra

es de hombre. Su forma es perfecta...”

También entrevemos la vida cotidiana de la ciudad, el carácter festivo para unos y el sufrimiento de aquellos obligados a trabajar duramente para garantizar la existencia:

*“Ven, pues a la amurallada Uruk
donde la gente bulle en atavíos de fiesta
y todos los días son días festivos
donde... muchachos...
y rameras...
su desnudez... llena de perfume.
Gobiernan a los grandes desde sus lechos...
¡Ven conmigo! Te conduciré
hasta Uruk de vastas plazas
al sagrado templo, morada del dios Anu...
Enkidu levantó los ojos
y vio al hombre..
El hombre se ve abrumado de trabajo en la ciudad.
¡Los campos son lugares de gemidos!...
¡Por orden de Gilgamesh, rey de la amurallada Uruk,
se arrastra el pueblo a los cultivos!...
Por orden del dios ha sido decretado
que, desde el seno de su madre tal sea su destino.”*

Entre el valle del Jordán y el Mar Mediterráneo nacieron otras ciudades: Ugarit santuario de Baal, dios de las tormentas; Megido, la del Armagedón; Jericó, la más antigua; Belén, cuna de David y de Cristo; Jerusalén, la ciudad prometida... Se dice que cuando los israelitas conquistaron los territorios de Palestina, encontraron una pequeña fortaleza llamada Jebús. Esta fortaleza se levantaba sobre el monte Sión y cuando David fue proclamado rey por todas las tribus de Israel, se apoderó de ella y estableció ahí su residencia; la rodeó de fortificaciones, edificó su casa y asentó ahí el Arca de la Alianza. Un día observó que el Arca debía

guardarse dentro de una edificación y así nació la idea de construir un templo. David no pudo construir el templo y escogió para esa empresa a su hijo Salomón. El templo se construyó en el monte Moria. Se dice que Salomón lo revistió de madera de ciprés y *“lo recubrió de láminas de oro puro...”* Desde entonces, Jerusalén se fue convirtiendo en el centro del mundo. Lentamente se fue convirtiendo en un imaginario, en algo incorpóreo y poético, en el sueño de la Nueva Jerusalén. Ese sueño, esa ciudad que bajaría del cielo: ordenada, esplendorosa, radiante, transparente, abierta a todos los confines y a los hombres justos. Esa ciudad que no tenía templo pues su templo era Dios, que no tenía sol ni luna pues se iluminaba con la gloria de Dios; esa ciudad perfecta y universal en la que solamente entrarían los justos y los escogidos, es una de las marcas del nacimiento de la utopía.

Otras ciudades nacieron en el valle del Nilo, país de Kemit o antiguo Egipto, mundo inmenso y largo, marcado por el río y el sol, limitado por el desierto y el mar. Ahí, la fertilidad del valle, su localización, la bondad climática y el aislamiento, fueron condiciones favorables que permitieron el florecimiento de una civilización que evolucionó de manera lenta, casi inmutable. En la tarea de construcción del mundo, los dioses edificaron ciudades: Atum, Señor de los límites del cielo, nacido de Un al principio de los tiempos, fue el creador de Heliópolis, la Ciudad del Sol. Ptah, el supremo artesano, fue el creador de Menfis. Tot, dios de la sabiduría y transmisor del conocimiento, creó Hermópolis. Amón, el dios de oculta naturaleza, fue el constructor de Tebas... La ciudad siempre estuvo presente en la cosmogonía egipcia.

Probablemente, la idea del eterno renacer nace de la percepción del lugar. Nilo, cielo, Sol, desierto: inmemoriales, intemporales, inmensos, inescrutables, indomables, inigualados, cíclicos,

vitales. Esta idea de eternidad también fue reforzada por cinco mil años de historia. Los egipcios pensaban que su civilización había estado y estaría ahí: inalterable, indivisible, persistente, idéntica. Concibieron la vida terrenal como estancia temporal y provisional en un mundo constituido por fuerzas inmutables de gran intensidad a las que debían obedecer, dominar, controlar y aprovechar. Crean la idea de inmortalidad como una búsqueda, un deseo de prolongar la vida, una necesidad imaginativamente satisfecha en el ideal de un mundo ultraterrenal atávico. Por ello, la tumba fue el símbolo de la cultura egipcia y llegó a su máxima expresión en las pirámides y templos funerarios dedicados a preservar la inmortalidad. A lo largo de su existencia terrenal iban construyendo la tumba que un día sería el lugar de descanso de su cuerpo y la residencia eterna de su alma.

Con esta cosmovisión floreció una cultura urbana que marcó claramente la diferencia entre lo perpetuo y lo breve. Legó imponentes huellas de sus necrópolis pero casi no dejó marcas de sus ciudades. Siempre hubo una marcada diferencia entre las ciudades de la vida y las necrópolis o ciudades de la muerte. En el territorio quedaron fuertemente impresas las huellas de las ciudades de la muerte y desaparecieron casi todas las marcas de las ciudades de la vida. Las ciudades de los muertos, con sus tumbas, momias, sarcófagos, espíritus, obras de arte, tesoros, altares y avenidas, se situaban en la orilla occidental, en la tierra donde descansan los cuerpos. Egipto es inagotable en huellas de la ciudad de los muertos.

Según Heródoto (2) hubo una época cuando *“Egipto se vio en el estado más opulento y floreciente en que jamás se hubiese hallado, llegando sus ciudades al número de veinte mil, todas habitadas”*. De esas ciudades sólo quedaron algunas

grandiosas reliquias de los templos o Casas de Vida. Solo Aketatón, la ciudad del sol (1360a.C.), es una de las pocas huellas perdurables de ciudades egipcias. Fue fundada por Amenofis IV quien se hizo llamar Akenatón el esplendor de Atón, esposo de Nefertiti, la bella cuya figura se empleó para establecer los códigos estéticos más hermosos de Egipto. Este faraón emprendió una reforma religiosa que predicaba el culto a Atón como dios único y universal, creador de todas las cosas y de todos los hombres en igualdad de condiciones. Con la finalidad de imponer sus ideas, decidió fundar una ciudad nueva sin vestigios de cultos anteriores y ahí trasladó la sede del poder. Se dice que más de quince mil hombres comenzaron las obras de construcción, las cuales significaron un gran trabajo técnico por la dotación de agua potable, la previsión de alcantarillas, el trazado de las vías, la magnificencia de los monumentos y la calidad constructiva de las edificaciones menores cuyos cimientos se hicieron con sillares de piedras, razón por la cual se conservan como prueba de existencia de la ciudad. Aketatón es una rara huella de las ciudades de la vida; estuvo habitada sólo cuarenta años. Al morir el faraón, su sucesor Tutankhamón restableció el culto de Amón y regresó a Tebas. De ahí en adelante, luego de un período de restablecimiento, comenzó la decadencia del imperio egipcio, su desmembramiento y desaparición.

5-. La ciudad y los hombres:

Con el paso del tiempo los hombres comprendieron que no eran los dioses los que construían las ciudades y los muertos no eran sus habitantes. Eran ellos, los hombres, los artífices que las necesitaban, las imaginaban y las construían para vivir organizadamente. ¿Cómo fue que el pensamiento llegó a definir la ciudad como la forma de asociación natural de los seres humanos, fundamental para lograr el bien común de acuerdo a

principios de justicia y legalidad? Estos principios nacieron en la cultura griega que a diferencia de las culturas anteriores, se formó de manera abierta y plural tras complejos procesos de síntesis en el cruce aleatorio de influencias egipcias, minoicas, asiáticas e indoeuropeas. Al observar la multiplicidad y la organización de las ciudades griegas, cabe preguntarse cuáles fueron las fuerzas que propiciaron el nacimiento y persistencia de esa forma de asociación. El sentimiento en torno al enigma de la muerte y el éxtasis ante los fenómenos naturales, la necesidad de garantizar la vida del grupo, la aspiración de riqueza y dominio, el esfuerzo para concertar condiciones e intereses heterogéneos entre los hombres y el requerimiento de normas para la convivencia, fueron razones para que los griegos crearan las primeras ciudades.

Los dioses del panteón familiar, el fuego sagrado y el altar fueron los primeros símbolos sobre los que el hombre griego constituyó la familia como célula básica de la cual nació la ciudad. Sobre los cimientos de esa sociedad patriarcal y religiosa nacieron las primeras instituciones griegas: el matrimonio, el derecho de primogenitura para el hijo varón, la adopción, el derecho de emancipación para los hijos, se prohibió el celibato, se estableció el parentesco en términos de descendencia por línea masculina y lazos de culto, se impidió a las mujeres presidir el culto familiar, se estableció su repudio por esterilidad y se instituyó el divorcio. Todo esto determinó las reglas de la herencia, la indivisibilidad del patrimonio, el derecho a la propiedad privada, el derecho a la inviolabilidad del hogar y del sepulcro.

Al lado de los dioses interiores los griegos crearon otras divinidades como expresión de su temor, fascinación y veneración ante los fenómenos de la naturaleza: Urano, el dios del cielo; Gea, la diosa Tierra; Cronos, dios del tiempo; Zeus, dios

del universo... Estos dioses nacieron en épocas y sitios diferentes, representaron una gran heterogeneidad de creencias, y al simbolizar fenómenos comunes a todos los hombres se convirtieron en fuerzas de asociación humana que unieron a las primeras familias y estuvieron presentes en la formación de las primeras ciudades cuya fundación siempre se ofreció a un dios protector e inspirador de las normas de organización. Así nació la fratría como hermandad de familias independientes unidas en torno al culto y el altar de un dios protector; de varias fratrías se formó la tribu; las tribus se asociaron y de esa alianza nació la ciudad. Pero en esos procesos de asociación, las familias, fratrías y tribus no perdieron su especificidad e independencia religiosa. Así pues, desde su origen la ciudad ha existido como organización de grupos humanos diferenciados. La ciudad así formada heredó las creencias, costumbres, instituciones y normas de la primitiva cultura aldeana, pero su misma complejidad la obligó a buscar sus propias instituciones.

De la necesidad de gobernar por encima de esa heterogeneidad nació la organización política que es connatural a la ciudad. Para los griegos el concepto de ciudad o "polis" tenía doble significado: como organización de grupos de hombres y como recinto o asentamiento físico y territorial de esa organización. La formación de la ciudad como organización era un proceso lento de concertación entre los patriarcas de diferentes grupos de familias y de ahí nace la palabra "ágora" desde los primeros tiempos de la cultura griega como la reunión de los hombres para el debate y toma de decisiones sobre los problemas en común. La fundación y construcción del recinto o asentamiento urbano era una acción expedita que dependía en general de la voluntad y la necesidad de dominio y supervivencia de dichos grupos.

6-. La ciudad como objeto del pensamiento:

Cuando la cultura griega logró suficiente organización, produjo la primera gran metrópolis o ciudad mundial, la Atenas de Pericles; entonces, la ciudad se elevó de nivel hasta convertirse en tema de reflexión filosófica. ¿Cuál era la duda que daba origen a esa reflexión filosófica? Vamos a tratar de explicarla: en la historia de la ciudad, cada generación se ha preguntado si ha sido satisfactoria la ciudad. Pareciera que los hombres siempre han deseado una ciudad distinta. Definitivamente, la ciudad real nunca ha sido plenamente satisfactoria. Siempre ha habido una ambivalencia odio-amor del hombre con respecto a la ciudad, condición que ha determinado su historia desde los primeros tiempos. Hay una distancia inconmensurable entre la ciudad ideal, ordenada, feliz, justa, placentera, y la ciudad real sentida como un emporio de posibilidades pero siempre cercada, siempre amenazada por fuerzas disolventes. La ciudad ha sido como una moneda, con dos caras: la que se ofrece como producto real, construido, vivido, transformado, destruido, reconstruido... y la imagen soñada, pensada, deseada y muchas veces olvidada. Ahora, ¿cuáles han sido las fuerzas que han impulsado a los hombres a imaginar la ciudad de una forma diferente a la real? Una respuesta la dieron los griegos: el derecho a participar equitativamente de la vida ciudadana.

Platón introduce la ciudad como objeto del pensamiento. En uno de sus primeros trabajos, que con el paso del tiempo se le llamó La República, desarrolló sus ideas generales sobre la ciudad ideal, las cuales se transformaron posteriormente en los fundamentos de la teoría del Estado. Una equivalencia entre justicia y ciudad es el origen de su hipótesis. Ajustado a las preocupaciones de su tiempo, especialmente las grandes tragedias sociales y personales causadas en

un mundo de grandes injusticias, Platón busca los principios de la justicia y ve la ciudad como la organización donde germinan y se desarrollan dichos principios: la justicia es lo que garantiza la felicidad de los seres humanos y fundar la justicia ideal es lo mismo que fundar la ciudad ideal; así lo expresa al decir que la legislación y la fundación de ciudades son los elementos más favorables para hacer a los hombres virtuosos. De esta manera, la reflexión sobre la ciudad es al mismo tiempo la reflexión sobre la justicia: ¿Qué es la justicia? ¿Cuál es su utilidad y justificación? ¿Es la justicia un derecho de algunos? ¿Es la búsqueda de la perfección? ¿Cuál debe ser la condición del hombre en la búsqueda de la justicia perfecta? ¿Por qué predomina la injusticia? ¿Cuál es la diferencia entre justicia e injusticia? Si son diferentes, ¿cuáles son sus correspondientes naturalezas y orígenes?

Para responder, Platón recurre a un método mediante el cual deduce el sentido de justicia en el hombre del sentido de justicia en la ciudad. La ciudad se convierte en el gran texto del cual se infiere la idea de justicia. La justicia se convierte en el principio rector del hombre y de la ciudad. La injusticia sería la perturbación de esos principios enunciados en términos de perfección. El sentido teórico y utópico sobre el cual construye su idea de ciudad sólo tiene la finalidad de servir como imagen orientadora del pensamiento. En esa construcción teórica se tiene en cuenta en primer lugar, el origen de la ciudad como asociación humana para satisfacer sus propias necesidades. Considera que la justicia perdura en una ciudad equitativa orientada a satisfacer las necesidades primarias; la injusticia aparece cuando prospera un deseo insaciable de otros bienes diferentes a los necesarios, es decir, cuando se pasa a una ciudad de consumo opulento colocado por encima de los recursos propios; estos

desequilibrios conducen a los hombres a ser actores de las grandes tragedias. Ante estos desafíos, intenta proyectar el edificio político de la ciudad y su concreción como urbe; entonces, surgen las preguntas primarias: ¿Cuál es el tamaño adecuado de la ciudad? ¿Cómo se garantiza la vida armoniosa y equilibrada de la ciudad? ¿Cuáles son los principios que deben regirla? ¿Quiénes deben gobernarla?...

Idealmente, la ciudad y su territorio deben tener un tamaño adecuado que permita la equidad en la distribución de los bienes, la propia defensa, evite la desintegración y garantice la identidad del ciudadano; debe evitar los extremos de la pobreza y la riqueza pues son las dos grandes fuentes perturbadoras de la convivencia; la educación debe ser entendida como la búsqueda de lo verdadero, lo esencial y lo perfecto, es decir, como la búsqueda de principios absolutos y permanentes; la prudencia, el valor y la templanza son los principios políticos que deben guiar el comportamiento de los ciudadanos y constituyen la esencia de la gobernabilidad como garantía de existencia de la ciudad. En un primer ejercicio de imaginación, Platón sueña con una ciudad ideal inspirada en una organización comunitaria donde los ciudadanos debían compartir todo en igualdad de condiciones.

En Las Leyes hay un segundo intento para imaginar la ciudad justa, mediante un proyecto más concreto. Ahí surge una de las bases de la planificación: el orden fundamentado en términos de equidad; es decir, lograr un repartimiento justo y razonable de tierras y viviendas. Se trataba de encontrar el número ideal que permitiera definir la capacidad social, política y productiva de la ciudad. Racionalidad antes que pragmatismo, sería la base de la equidad y de la justicia. Platón diseña, en palabras, la estructura productiva, social, religiosa, territorial, física y espacial de la

ciudad; luego proyecta el orden político. Su propuesta es uno de los primeros discursos escritos que sientan las bases de lo que posteriormente será la organización municipal. Ese orden está constituido por instituciones, magistrados y leyes. Se distinguen varias magistraturas que tienen a su cargo el gobierno directo de la ciudad. Pero, ¿quiénes debían ser los magistrados?, ¿cuáles hombres debían gobernar? La ciudad debía ser gobernada por los mejores, es decir, aquellos que hubieran recibido una educación orientada al desarrollo de ciertas virtudes fundamentales como el valor para imponer los principios de justicia; la templanza o control personal ante la seducción ejercida por los agentes corruptores; el dominio de un discurso nítido y ajustado a la verdad; la posesión de un sentido de armonía como garantía de un comportamiento equilibrado, sensato y ordenado; el desarrollo del sentido de la belleza asociada a la idea de racionalidad; la búsqueda de concordancia entre alma y cuerpo y entre valor y moderación; la manifestación del amor a la ciudad y la preocupación por la preservación del bien público.

¿Cuál debe ser el criterio más efectivo para la selección de los gobernantes? Platón expone un criterio de justicia política según el principio del término medio entre la igualdad y desigualdad de intereses manifestados por los miembros de la ciudad; es decir, distribuir el poder entre iguales según los méritos y arbitrar en los conflictos entre desiguales. El olvido de la importancia de los méritos en la selección de los gobernantes conduce frecuentemente al fracaso del gobierno de la ciudad. Finalmente, la ciudad como toda organización debe poseer una legislación escrita, inspirada en unos principios generales que sean comprendidos y aceptados por todos sus habitantes. Como las leyes de la ciudad son normas que los hombres escriben para ordenar las

relaciones entre sí mismos, están permanentemente expuestas a la trasgresión; por consiguiente, se debe tener presente que la observancia se garantiza mediante la fortaleza que tenga la educación del ciudadano para su conocimiento, comprensión y habituación. En este sentido, el nivel educativo más importante para las nuevas generaciones no es tanto la escuela, sino el ejemplo de respeto que cada persona demuestra hacia las leyes de su ciudad.

7-. La ciudad y los ciudadanos:

Pero, una ciudad no es sólo un lugar, un espacio, un asentamiento de población. Es un proceso permanente de coordinación de una complejidad de variables para lograr la mejor organización social, productiva y política. Tarea difícil. De ahí la importancia de la educación orientada a perfeccionar la inteligencia de los ciudadanos como condición para lograr el acuerdo, pues de la naturaleza de las ciudades y sus hombres nace la forma de los sistemas políticos.

Esta idea de ciudad fue recogida, revisada y enriquecida por Aristóteles. En *La Política o Politeia*, define la ciudad o "polis" como una organización autárquica, ordenada y afirmada en la participación diferenciada y jerarquizada de los habitantes; es el medio connatural a la existencia del ser humano, quien existe sólo si es capaz de asociarse, pues no puede sobrevivir en soledad y la cualidad que le permite esa asociación es su capacidad de comunicación; por ello la base de la ciudad como organización es la comunicación efectiva de los valores, creencias y aspiraciones de sus miembros. La ciudad está por encima de otras formas de agrupación y de los individuos; es una organización rectora y el hombre para vivir en ella debe acogerse al sentido de justicia y legalidad.

En tal sentido, ¿cuál debe ser la mejor estructura de la ciudad como organización? Aristóteles examina

varios modelos y hace un análisis crítico de lo propuesto por su maestro. Incorpora a la reflexión características esenciales de la vida urbana: multiplicidad, diversidad y heterogeneidad. Considera que algunos bienes deben ser compartidos para que exista la ciudad: el emplazamiento, las leyes, la justicia y reconoce la pluralidad de la ciudad como clave de su existencia así como la uniformidad y el número rígido de su tamaño son claves de su desaparición.

Aristóteles define claramente la ciudad como una complejidad constituida por dos substancias esenciales: el lugar de asentamiento o “polis” y la organización de los ciudadanos o “politeia”. El diseño del asentamiento debe ser expresión de su modelo de organización. La ciudad como organización debe tener un objetivo claro y orientador de las estrategias que deben ser trazadas para garantizar su permanencia; en este sentido el objetivo fundamental de la ciudad es garantizar el bienestar común.

En términos esenciales la ciudad debe tener un modelo de organización que permita el trabajo y el bienestar de los ciudadanos. Prosperidad que se mide en bienes materiales, participación, disciplina, racionalidad, justicia y valores éticos. Debe poseer un adecuado ordenamiento institucional, jurídico y político para su gobernabilidad y dirección. Leyes, instituciones, idea de justicia, valores éticos y ciudadanía, son los componentes esenciales de la ciudad como organización. Y entonces se pregunta: ¿Qué significa ser ciudadano? Ciudadano y habitante no es lo mismo; será ciudadano todo el que goce de plenos derechos y sepa cumplir con sus deberes, el que ejerce su ciudadanía mediante la participación en el destino de la ciudad a través de sus instituciones. ¿Y qué es un buen ciudadano o ciudadano cabal? Es aquel para quien lo importante son las virtudes éticas, es decir, aquellas capacidades que debe desarrollar en la vida

cotidiana orientadas hacia la consecución del orden y felicidad de la ciudad.

También establece la diferencia entre el comportamiento del ciudadano normal y la del ciudadano gobernante, pues en ambos varía un poco el sentido de ciudadanía. Aunque todos los ciudadanos deben desarrollar la capacidad de gobernar y ser gobernados, como gobernante el ciudadano debe desarrollar virtudes tales como la prudencia o capacidad racional para diferenciar lo que es bueno y lo que es perjudicial para la existencia de la ciudad. Esto es lo que le permite al gobernante colocarse éticamente por encima de los gobernados, pues en el gobernante se deben unir las condiciones del ciudadano cabal y del hombre justo. La capacidad de gobernar en condiciones de igualdad y libertad es lo que se define como autoridad política. Desde entonces, la ciudadanía se puede definir como el conjunto de valores, virtudes y formas de comportamiento del ciudadano sobre las que se garantiza la existencia de la ciudad.

Advierte que el mejor modelo de organización de la ciudad es aquel que puede ser compartido por la mayoría de los ciudadanos, sin caer en cualquiera de los dos peligros extremos: el totalitarismo o la ingobernabilidad. El mejor modelo sería el que se oriente a buscar un equilibrio, al alejarlos de la extrema riqueza y de la extrema pobreza económica, intelectual y espiritual, para llegar a un modo de vida intermedio: el justo medio. En el modelo aristotélico, se trata de reducir el tamaño de los extremos para alcanzar moderadamente, uno de los ideales de la ciudad: compartir equitativamente los bienes, los derechos y los deberes. En síntesis, se trata de procurar felicidad a la mayoría de los habitantes: *“La polis mejor gobernada es aquella bajo la cual hay mayor oportunidad de obtener la felicidad.”* Aparece así, uno de los primeros objetivos políticos que luego se convertirá en uno de los

mandamientos del arquitecto y el urbanista: la búsqueda de la ciudad feliz.

Ahora, ¿qué es la ciudad feliz? Podríamos decir que es aquella donde se logra la participación sensata de los ciudadanos, garantizada por profundos y permanentes procesos de educación. Es aquella donde la existencia está protegida por términos de justicia. Es aquella donde la existencia está lo más protegida posible de la fealdad, el caos, el azar y las fuerzas disolventes; protección que se logra mediante el fortalecimiento del conocimiento y la capacidad de prevención de sus diseñadores, constructores y conductores.

8- La ciudad “universal”:

De la lección de los griegos pasamos a la lección de Roma. Esta ciudad en sus orígenes era sólo una pequeña ciudad más del arcaico sistema urbano del occidente mediterráneo. ¿Cómo se fue construyendo esa ciudad hasta formar la complejidad urbana llamada Roma Antigua? ¿Por qué se convirtió en la ciudad mundial de la Antigüedad? Las variables que influyeron son muy heterogéneas y obligatoriamente hay que hacer referencia a la virtud estratégica de su emplazamiento: posición central en la península y en el Mediterráneo; fácil salida al mar como puerto fluvial; acceso al resto de la península y al continente como cruce de caminos; protección natural, bondades estratégicas y defensivas; generosidad de los recursos naturales de los territorios adyacentes. Paradójicamente, la topografía le impuso gran cantidad de los inconvenientes urbanísticos y la sorprendente belleza de sus singulares lugares.

Roma se fue convirtiendo en puesto de mando y control del mundo antiguo a través de una inflexible y sostenida estrategia de dominación del territorio. Desde su fundación, la ciudad fue ampliando su dominio en la medida en que intensificó el crecimiento y la

diversificación económica; creó símbolos, instituciones y servicios para organizar la vida ciudadana y, construyó espacios arquitectónicos, urbanos e infraestructuras que, desde el primer momento, mostraron belleza, conformidad funcional y un gran ingenio tecnológico. Roma concentraba la mayor cantidad de riquezas en el Mediterráneo, logradas a través de su propia producción y aumentada por los saqueos de las ciudades subyugadas, la cobranza de indemnizaciones de guerra, la recaudación de tributos y el despojo de los bienes de los estados vencidos.

Sin embargo, la mayor riqueza fue el descubrimiento, asimilación y aleación con la cultura griega. Roma se dejó cautivar por Grecia y capturó sus gustos y estilos de vida, el lenguaje y la literatura, los modelos políticos, la filosofía, las artes, la arquitectura, el urbanismo... Con el tiempo, se modelaría como una ciudad abierta que era capaz de asimilar todas las influencias de las culturas urbanas más importantes de la época. Así, fue rompiendo barreras religiosas y culturales hasta el momento en que el concepto de ciudadanía romana se ampliaba y se hacía universal en la medida en que la ciudad extendía su dominio territorial.

La ciudad se fue construyendo lenta y casi espontáneamente: foros, templos, basílicas, teatros, circos, pórticos, acueductos, alcantarillado, puentes y calles, fueron configurando los primeros sectores urbanos. Hacia el final de la época Republicana ya había acumulado serios problemas de vivienda, saturación y dificultades de expansión, condiciones que acompañaron el nacimiento del primer plan urbano promulgado mediante la ley *De Urbe augenda* (45a.C) durante el gobierno de Julio César (78-44a.C). Posteriormente, durante el reinado de Augusto (44a.C-68d.C), se impone una estrategia política dirigida a

consolidar la hegemonía romana en condiciones de paz interna, evolución institucional y bienestar social. Estas acciones estuvieron acompañadas por la preocupación de buscar una ciudad de mejor calidad arquitectónica y urbanística, compartida plenamente por los intelectuales de la época.

La estructura física y espacial con la que se inicia la Roma Imperial, generada mediante un proceso lento de crecimiento orgánico, comprendía tres elementos esenciales: la ciudad propiamente dicha, los arrabales o *continentia* y el territorio rural. Sobre esta estructura urbana persistente durante dos mil años en la huella de sus elementos esenciales, podemos intentar descripciones, casi imaginarias o hipotéticas, de algunos rasgos que fueron construyendo las diversas formas de la ciudad en el tiempo. En primer lugar, Roma era una forma de gobierno, organización y administración de servicios públicos. Lento fue el proceso tras el cual se elaboraron los entes y las normas urbanas, posteriormente ordenadas en instituciones y recopiladas en textos jurídicos. Fueron producto de las medidas que se tomaron en diferentes tiempos para hacer frente a las adversidades y grandes tragedias urbanas.

En *Anales*, Tácito hace referencia a frecuentes catástrofes urbanas: terremotos, incendios, inundaciones, derrumbamientos de edificaciones, luchas sociales, hambrunas y epidemias. Pero las grandes tragedias urbanas no eran provocadas solamente por agentes geológicos o climáticos. Las mayores amenazas eran las que surgían del interior de la ciudad, expresada en las contradicciones sociales y políticas siempre latentes, ante las cuales los combates en las calles y los incendios provocados eran parte de las respuestas a estos conflictos.

Ante estos graves problemas y la imposibilidad de resolverlos mediante elaborados proyectos

urbanos, fue necesario optimizar las normas urbanas y la prestación de servicios con el fin de evitar o reducir los efectos de los agentes destructivos. Así, Roma se convirtió en modelo de planificación y gestión de los grandes servicios públicos pues había una clara definición de los aspectos administrativos para cada servicio. Se desarrollaron ampliamente los servicios de: hacienda, archivo, registro civil; enseñanza pública, bibliotecas, guardia y conservación de museos, asistencia y reparación en caso de catástrofes, abastecimiento, transporte y distribución de alimentos, asistencia pública, vigilancia, prisiones; incendios, limpieza y ornato, mantenimiento y conservación del cauce del Tíber, dotación de agua potable, construcción y mantenimiento de alcantarillados, letrinas públicas y otros.

Este cuadro se complementaba con una legislación que establecía jurídicamente el comportamiento ciudadano. Consagraba la calle como espacio de uso público, reglamentaba la circulación de vehículos y establecía la obligación de los propietarios de velar por el buen estado de los edificios, la conservación y el normal funcionamiento de la calle, el trazado a cordel, el buen estado de los desagües, la limpieza, el ornato, la prohibición de construir sobre la calle o de invadirla con otros usos, etc. Legislabo también sobre la responsabilidad de los ediles y vecinos en la aplicación y obligatorio cumplimiento de las normas. Velaba por la conservación y reconstrucción de los inmuebles, reglamentaba la construcción de nuevos edificios según las formas, dimensiones y el uso de los materiales de construcción. También se legislabo sobre el tamaño de la ciudad y su descongestión mediante la fundación de ciudades nuevas.

Desde otro punto de vista y observando la morfología de la ciudad, puede decirse que Roma antigua era un collage, es decir: un

conjunto de partes con sus particulares configuraciones que, estrechamente relacionados entre sí, forman una totalidad exuberante en posibilidades de lectura. Fuentes de memoria urbana donde se fueron acumulando ideas de ordenación, valores, antivalores, construcciones, destrucciones y reconstrucciones; fragmentos persistentes que con el tiempo afinaron y acuñaron su individualidad, su artisticidad y su significado. Esos sectores primigenios con sus particulares historias, se fueron formando por superposiciones, reconstrucciones y ampliaciones de sus espacios y edificaciones.

De los sitios primigenios de Roma Antigua, el más grandioso, ha sido el Foro, construido, reconstruido y redescubierto por muchas generaciones, revela en sus huellas la rica y compleja existencia de Roma y ha sido una de las mejores lecciones de diseño urbano que admitió la necesidad de preservar la tradición sin negarse al ritmo innovador que toda ciudad impone, garantizando siempre la existencia de ese espacio plural que toda sociedad aspira, logrado gracias a la perenne búsqueda de la excelencia arquitectónica y urbanística.

Envolviendo esos espacios monumentales, Roma era una aglomeración de viviendas dispuestas entre una maraña de calles y plazas cuyo trazado fue producto de la adaptación topográfica y la vinculación con la región. Entre las calles se formaron plazas o espacios libres magníficamente diseñados que servían de escenario para resaltar los monumentos. Roma era una ciudad para el deleite. Por eso, muchas calles y plazas eran decoradas con fuentes de agua para crear espacios urbanos placenteros y de gran belleza. Pero, las plazas y calles no fueron suficientes como espacios públicos y a ellas se sumaron los paseos o jardines. Con un origen muy antiguo como bosques que rodeaban a los

santuarios se fueron convirtiendo en grandes parques de recreación situados, generalmente, hacia los extremos de la ciudad. El conjunto de esos jardines formaba un cinturón verde alrededor de la ciudad.

La vida pública de Roma también transcurría en los Pórticos. Eran espacios peatonales cubiertos que se desarrollaban a lo largo de algunas calles y juntaban las bondades del espacio abierto al aire libre con las del espacio protegido de la rigurosidad del clima. Generalmente estaban dotados de jardines, fuentes, obras de arte, bibliotecas, templos y museos. Sin embargo, el lugar público ideal para deleitarse eran las termas, las cuales tuvieron sus precedentes en los antiguos baños públicos que fueron evolucionando paralelamente a las técnicas de calefacción y a la incorporación de múltiples actividades que combinaban la salud, la belleza, el refinamiento artístico y el disfrute intelectual. Las termas se distribuyeron por toda la ciudad. Cada emperador continuó, amplió y perfeccionó esa tipología edilicia, hasta llegar a su máximo esplendor y convertirse en símbolos de la cultura romana.

Roma antigua era una ciudad para los grandes espectáculos y las concentraciones de multitudes. Diversos espacios para juegos y competencias deportivas, nacidos de creencias religiosas ligadas a las ofrendas de dioses y ancestros, explican la variedad de formas, festividades y manifestaciones lúdicas. La ciudad erigió también los espacios para las representaciones escénicas: tragedias, comedias, pantomimas, recitación de poemas, orquestas musicales, equilibristas y bailarines. Así aparecieron, durante la República, los primeros teatros. Pero, el espectáculo que lograba mayor concentración y exaltación era el de los sacrificios o gladiatura, nacida como ofrenda a los muertos y progresivamente convertida en instrumento de dominación política. Aparecieron los anfiteatros de los

cuales el gran Anfiteatro Flavio o Coliseo, después de dos mil años de firme presencia, es alegoría de la antítesis entre excelencia y angustia que siempre ha acompañado la vida de la ciudad.

Roma Antigua era un pluriverso donde la humanidad logró recoger y asimilar los aportes culturales del mundo antiguo, para transformarlos y legarlos culturalmente a través del lenguaje, la literatura, el derecho, las instituciones, el arte y la arquitectura. En medio de la grandeza cultural de su zona de influencia, Roma se impuso como una ciudad mundial y, como centro de ese mundo, era una realidad compleja de la que cada tiempo y cultura ha recreado una imagen. Roma era una urbe de individuos y ciudadanos del mundo inmersos en relaciones de fricción y de no-equilibrio. Esa condición abierta, azarosa, laberíntica, dinámica y vital exigió, para su pervivencia, instituciones y organizaciones capaces de reconocer la heterogeneidad, la diferenciación, la multiplicidad de aspiraciones, la proliferación de situaciones, la diversidad de factores y la disyuntiva de las soluciones.

Como todas las ciudades, su existencia estuvo sometida a sucesos imprevisibles, excepcionales, accidentales y carentes de toda uniformidad, que causaron transformaciones, evoluciones, involuciones hasta su propia desolación. La cristalización y comprensión de esa imagen de ciudad compleja, dinámica y vital, ha requerido un mundo plural de ideas, conocimientos, investigaciones y disciplinas. Ese pluriverso intrincado impuso hacia afuera una idea universal de ciudad en el orden de sus colonias y en los rasgos de su arquitectura: rigor, claridad, utilidad, belleza, geometría, número, racionalidad, equidad, esencialidad, bondad... Estos ideales han estimulado gran parte de la producción de los conocimientos acumulados sobre arquitectura y ciudad, que han

constituido la memoria sobre la que es posible construir nuevos caminos reflexivos en ese trabajo permanente e inevitable de repensar la ciudad.

9- Conclusiones:

Finalmente, es sobre la memoria histórica que podemos comprender hoy la ciudad. Ella, con todos sus rasgos positivos y negativos, sintetiza la existencia del hombre contemporáneo, entendida en su particularidad cultural y en su dimensión global o multicultural. Por ello sigue siendo vigente la necesidad no tanto de elaborar un concepto sino un proceso de conceptualización que posibilite el redescubrimiento de aquellos rasgos permanentes o sustanciales y permita entender que, en torno a estos rasgos que permanecen inalterables, la idea de ciudad se enriquece como un pluriverso cambiante, sujeto a múltiples interpretaciones procedentes de diversos campos de investigación, los cuales deben ser articulados dentro de un instrumento cognitivo que permita reconocer, describir y proyectar el devenir de la ciudad como idea y como objeto. Se trata de ordenar muchas ideas dispersas, dentro de una estructura de pensamiento que posibilite la articulación de componentes, imprescindible para adaptarse a las exigencias fundamentales del mundo actual como son la comunicabilidad e interacción del pensamiento. La idea de ciudad se mantiene y se transforma en la medida en que permanece y evoluciona el ser del hombre. *Por ello siempre hay que recordar el origen de la ciudad, volver a la raíz, a lo elemental. Redescubrir que la ciudad ha sido la gran creación donde el ser civilizado se reproduce a sí mismo como ser cultural e histórico. Este acercamiento a las huellas de la ciudad aspira a contribuir en ese redescubrimiento.*

Notas

- (1) ANONIMO. Poema de Gilgamesh. Hyspamérica Ediciones, S.A. Barcelona, 1986.
- (2) HERODOTO. Los nueve libros de la historia. Editorial EDAF, S. A. Madrid, 1989.

Bibliografía

- ANONIMO (1986): *Poema de Gilgamesh*. Hyspamérica Ediciones, S.A. Barcelona.
- ARISTOTELES (1989). *Politeia (La Política)*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- AYMARD, André y AUBOYER, Jeannine (1960): *Roma y su imperio*. Colección Historia General de las Civilizaciones. Ediciones Destino. Barcelona.
- BALLINA GARZA, Jorge (1989): *Análisis histórico de la arquitectura. Antiguo Egipto*. Editorial TRILLAS. México.
- CARCOPINO, Jerome (1993): *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*. Ediciones Temas de Hoy. Madrid.
- FLACELIERE, Robert (1989): *La vida cotidiana en Grecia en el Siglo de Pericles*. Ediciones Temas de Hoy. Madrid.
- FUSTEL DE COULANGES (1987): *La ciudad antigua*. Editorial Iberia, S. A. Barcelona..
- HART, George (1994). *Mitos egipcios*. Ediciones Akal S:A.
- HERODOTO (1989): *Los nueve libros de la historia*. Editorial EDAF, S. A. Madrid.
- HOMO, León (1956): *La Roma Imperial y el urbanismo de la antigüedad*. UTEHA. México.
- MORRIS, A.E. J. (1984): *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la revolución industrial*. Gustavo Gili.
- PLATÓN (1991): *Las Leyes*. Editorial Porrúa, S.A. México.
- PLATÓN (1992): *La República*. Aguilar, S.A. Madrid.
- SAGRADA BIBLIA (1986). *Antiguo Testamento*. Traducción española de los textos originales dirigida por el P. Felix Puzo, S. J. Profesor de Ciencias Bíblicas de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. EDITORS S.A. Barcelona.
- TURNER, Ralph(1995):*Las grandes culturas de la humanidad*. Fondo de Cultura Económica. México.(Publicada originalmente en 1941).



*

Miriam Salas

Arquitecto y urbanista. Profesora Titular de la Facultad de Arquitectura y Arte de la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, en las cátedras de Historia y Teoría de la Arquitectura, Historia de la Ciudad y Metodología de la Investigación.

Email:
miriamsalas@intercable.net

Fecha de recepción:
Julio 2004

Fecha de aceptación definitiva:
Octubre 2004